

EL CORREDOR DE LA MUERTE

—Ethan, tienes visita —le informó el guardia a través de la mirilla abierta en la puerta metálica—. Prepárate, vamos a entrar. Ya conoces el protocolo, arrodíllate y coloca la cabeza contra el suelo. Los brazos detrás de tu espalda.

Ethan lo conocía perfectamente, era el preludio de la orquesta de golpes y puntapiés diarios a los que era sometido, y todo por quererles ahorrar el trabajo de un molesto sacrificio. Supuso que, en definitiva, el colectivo de funcionarios de prisión se sintió agraviado por haber puesto en peligro la supervivencia de sus puestos de trabajo.

Apenas unos minutos antes, los dos agentes del FBI, Thristan Goebels y Greg Norton, entregaban sus armas, firmando el documento que eximía de toda responsabilidad a las autoridades carcelarias de lo que pudiera ocurrir en el interior de la prisión. El alcaide de la penitenciaría de Terret Unit, Claus Ballon, los alertó por última vez.

—Tengan mucho cuidado con él, chicos; no subestimen su peligrosidad. Podría acabar con ustedes sin necesidad de levantarse de la silla.

En realidad, Claus estaba convencido de que un solo pedo de Ethan bastaría para gasearlos. Con solo echarles un ojo advirtió que, de no ser por su estatura, ambos habrían pasado desapercibidos en un “Coro de Niños Cantores de Viena”. Lo que Claus no sospechaba, era que Thristan conocía perfecta y dolorosamente la pericia de aquel animal, y que, además, el federal disponía de una baza en su poder, una oferta que ni el propio Ethan podría rechazar. Aunque, como se vería más adelante, y pese a los sabios consejos del director, los agentes no calibraron adecuadamente las capacidades del monstruo.

Un guardia los acompañó hasta la sala de interrogatorios. Ethan aguardaba sonriente, entusiasmado con la inesperada visita. El corredor era un lugar inhumano. Los presos permanecían incomunicados las veinticuatro horas del día en una celda de un metro ochenta por dos cincuenta, que ni tan solo disponía de una estantería en la que poder alojar un retrato —caso de que un asesino en serie lo hubiera necesitado—. El único mobiliario, lo formaba un catre de muelles distendidos por el peso descomunal del cachalote que tenía por huésped, y un inodoro pegado a la cama que, en las noches de verano, destilaba un hedor insoportable. Por tanto, cualquier acontecimiento que sugiriese una distracción en la vida dentro del corredor, era recibido con excitación. Qué no decir, de la presencia de aquellas dos bailarinas del FBI. Añadía, sin duda, un inesperado toque de color en su infierno cotidiano.

Contemplándolos de frente, Ethan se preguntó quiénes serían esos tipos y de qué demonios querrían hablar con él.

Thristan se estremeció al enfrentarse de nuevo a la bestia. No había cambiado lo más mínimo. Los recuerdos del pasado lo arrastraron al dolor de una pérdida irreparable.

—¿Quieren que permanezca con ustedes? —se ofreció el guardia, antes de salir por la puerta.

Thristan negó con la cabeza. Se trataba de un asunto confidencial, estrictamente secreto, y... personal.

—No será necesario, gracias —señaló el agente no del todo convencido. A pesar de que Ethan se hallaba esposado de pies y manos a la cintura, experimentó un brote de temor; no ayudó la imagen de Hannibal Lecter liberándose de sus ataduras y desayunándose a los agentes que, no supo bien el motivo, se le proyectó en la cabeza.

El guardia cerró la puerta tras ellos, con la molesta desazón de quien alimenta a los leones con esclavos.

—Si necesitan alguna cosa utilicen el interfono —añadió, disconforme—. Vendré de inmediato.

Thristan y Greg se presentaron ante Ethan. En silencio, Thristan abrió una carpeta. Contenía el informe de la vida y milagros de aquel criminal. Dejó transcurrir unos segundos antes de retomar la palabra. Más por reunir fuerzas ante semejante alimaña que por inducir un aire de teatralidad al interrogatorio.

—Ethan... estamos al corriente de su situación en el corredor: pena de muerte por inyección letal. —El monstruo emitió un bostezo, y rebuscó alguna cosa entre sus ingles—. ¿Cuánto cree que le queda de vida?: ¿un día?, ¿un mes?, ¿un año? No, sabe muy bien que le tendrán muchos años aquí encerrado, ¿no es cierto? Suficientes para desquiciarlo mentalmente.

—No se preocupe por mí, jefe —objetó este tranquilamente, sin abandonar su sonrisa—. Mi cabeza va de maravilla, y no tengo prisa en morir. Además, la comida aquí es deliciosa, y la compañía de lo más edificante. ¿Por qué iba a desear una muerte tan prematura?

Ethan seguía tan arrogante como de costumbre. Su desprecio se hacía insoportable.

—Déjese de tonterías Ethan. Usted no es tan diferente del resto de los reclusos. La mayoría de ellos ya están psicológicamente desequilibrados, y los que aún resisten, desearían terminar con sus vidas de inmediato si se les ofreciese la oportunidad. No creo que su estancia aquí sea tan idílica como dice. Si no estoy equivocado, ya ha tenido su primera experiencia sexual en prisión. ¿Y qué me dice de cómo se las gastan los guardias? Disponen de técnicas muy persuasivas para los chicos malos como usted, ¿no es así?

Ethan recordó con pereza su primer día de prisión, su tropiezo en la ducha con aquel desviado. Abrirle la garganta a mordiscos no le supuso el menor trauma, más allá de tener que ir en busca de un cepillo de dientes. Lo que peor llevaba, sin duda, eran las torturas a las que diariamente era sometido por parte de los carceleros. Desde que llegara al corredor, no había cesado de recibir palizas, ya fuese de día o de noche. Si bien, él contribuía a perpetuar tales conductas a su manera, es decir, arrancando algún pedazo de carne de aquí y allá, y luego tragándose lo precipitadamente para evitar todo propósito de restitución.

A cada hora encendían la luz de su celda, evitando que pudiera conciliar el sueño. Él sabía que ese era el peaje que debía de pagar, pero también sabía que en cuanto llegase un nuevo recluso se olvidarían de él; aunque esos últimos días estaban siendo un auténtico suplicio.

—Le ofrezco la oportunidad de salir de aquí —insistió el federal—. Solo tiene que colaborar con nosotros en un experimento del Gobierno que puede cambiarle la vida. Le doy la oportunidad de volver a ser un hombre libre, con un trabajo decente y una familia..., que pueda volver a ser un ciudadano normal.

Ethan los observó divertido.

—¿Y qué le hace suponer que yo desee rebajarme a ser un “ciudadano normal”? ¿Es que aún no sabe quién soy? Yo soy un elegido, una mente privilegiada, un ser singular rodeado de mediocres. No podría soportar de nuevo vivir entre tanta mezquindad y tanta indolencia. Me vería obligado a sanar a esta sociedad por todos los medios... y ya conoce mis procedimientos. ¿Estarían ustedes en condiciones de aceptarlos?

A Thristan, la negativa de Ethan a colaborar le tomó desprevenido. No esperaba esa respuesta. Le estaba ofreciendo un salvoconducto para volver a ser libre. ¿Quién podría negarse a ello?

—Ethan, creo que no me ha entendido bien. Le estoy brindando la posibilidad de abandonar esta prisión. No tiene por qué permanecer soportando esta situación ni un minuto más.

Ethan, cátedra en el arte de la manipulación, intuyó un trasfondo más sórdido en la propuesta de los agentes del FBI. Los experimentos del Gobierno acostumbraban a deshacerse luego de sus conejillos de Indias. De repente se sintió hastiado.

—Si eso es todo lo que han venido a ofrecerme, ya se pueden largar, no me interesa en absoluto. ¡Fuera! ¡Váyanse!, necesito descansar.

Thristan cruzó una mirada de desconcierto con su compañero.

—¿Ni siquiera está usted dispuesto a oír qué se le pide a cambio?

—Oiga jefe, ¿tiene algún problema con el idioma? Le he dicho que se vaya, no me obligue a mostrarle el camino.

Al agente se le atragantó la orden. Sabía que el psicópata no bromeaba. Resignado, hizo una señal a su compañero. Greg se dirigió al interfono y pulsó el botón de llamada. Había llegado el momento de ahuecar el ala: el monstruo se estaba poniendo nervioso.

Aguardaron unos segundos. Nadie hizo acto de presencia. Greg volvió a pulsar el botón del interfono, intranquilo. Sin respuesta. Miró a Thristan negando con la cabeza. Este comenzó a inquietarse.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Ethan, súbitamente—. Al parecer se han olvidado de ustedes...—La sonrisa de Ethan mostraba una hilera de dientes desprovista de toda solidaridad—. ¡Ahora que recuerdo!, es la hora de que los condenados a muerte regresen a sus celdas. De modo que después de todo, dispondremos de unos minutos sin que nadie nos moleste... —La invitación a

proseguir con la tertulia, adquirió un significado escalofriante en los labios del monstruo—. Póngase cómodos. Hoy van a gozar de la compañía del mayor psicópata de la historia. O eso es lo que tengo oído.

A Thristan tal observación le aniquiló el ánimo. El tono de voz de Ethan y su sonrisa socarrona, le hicieron presagiar una situación embarazosa.

La bestia comenzó a examinarlos de un modo inquietante, al tiempo que abría la boca de forma desmesurada, masticaba el aire, y tragaba saliva. De repente, empezó a sacudir la cabeza y los hombros presa de unos movimientos espasmódicos. Los agentes temieron que le sobreviniera un *raptus*.

—¿Creo que me está entrando un hambre atroz? —señaló a renglón seguido—. Necesito comer algo, ¿no tendrán ustedes alguna cosa para mí?

El gigante se incorporó lentamente de su silla. A Thristan le dio un vuelco el corazón. Sentado no parecía tan condenadamente alto.

—¿Se puede saber qué está haciendo?, ¡Ethan! ¡Siéntese! ¿Acaso se ha vuelto loco? No querrá que saque el arma. Le aseguro que no tendré ningún reparo en usarla.

—Jefe... —El monstruo sonreía ladeando la cabeza de un modo que recordaba el péndulo de un reloj de pared—. ¿Por quién me ha tomado? Sabe tan bien como yo que no se autorizan las armas en el interior de la prisión. Solo los guardias disponen de ese privilegio. ¿Es acaso usted uno de ellos?

Thristan comenzó a experimentar auténtico pánico. Pese a estar maniatado, la envergadura de aquel depredador imponía. Le abatió una reflexión estúpida: las palabras del alcaide de la penitenciaría, Claus Ballon, no habían sido apreciadas en su justa valía.

—Ethan....—comenzó a balbucear—. Oiga, escúcheme... Piense en lo que va a hacer, no haga tonterías. ¡Por Dios!, ¿puede estarse quieto y dejar de retorcer la cabeza?... Le acabo de ofrecer una posibilidad que nadie en su sano juicio rechazaría.

El hecho es que Thristan, pese a sus años de experiencia, era incapaz de comprender la mentalidad del asesino al que se enfrentaba. El “juicio” de Ethan distaba mucho de ser un juicio sano.

—Usted no ha entendido nada, ¿no es cierto? —declaró Ethan, mofándose descaradamente—. A mí me gusta mi trabajo, disfruto enormemente con ello. De hecho, estoy pensando en arrancarles los ojos, la lengua, y las orejas, y comérmelo después, mientras esperamos a nuestro ocioso carcelero.

Ambos agentes intercambiaron una mirada aterrorizada. Retrocedieron instintivamente hacia el rincón opuesto de la sala. Las pesadillas del pasado volvieron a tomar carta de naturaleza en la consciencia de Thristan.

—Ethan... —imploró el agente, sobrecogido—, si comete una locura le aseguro que se arrepentirá. Los días que le resten a la espera de su ejecución, serán el infierno más horrible que jamás haya imaginado. Echará de menos las palizas de los guardias. Puede confiar en lo que le digo. No saldrá de su celda sino para recibir más torturas. Es posible que por su culpa los guardias quieran dar ejemplo castigando a otros presos, y sabe perfectamente que los presos lo tendrán muy presente cuando lo encuentren de nuevo en la ducha.

—¿Usted cree? —respondió Ethan, provocador—. Yo pienso justamente lo contrario; acabar con ustedes estando maniatado y sin apenas poder moverme, sería una auténtica proeza, ¿no está de acuerdo conmigo? No habrá nadie en prisión que se atreva a desafiarme. Es probable incluso que consiga granjearme una cierta reputación entre los guardias de prisión. Ya sabe que los señoritos de traje y corbata del Departamento Federal, no son demasiado apreciados ni siquiera para ellos...

Ethan aún seguía fantaseando en voz alta, cuando el guardia, alertado por la insistente llamada de los agentes, abrió la puerta de la sala de interrogatorios con respiración fatigosa.

—Disculpen el retraso, estábamos escoltando a los reclusos a sus celdas. ¿Ha habido algún problema?

Thristan suspiró aliviado. Resistió un impulso de echarse en sus brazos. Luego miró a Ethan de reojo, con odio. Las articulaciones del agente se estremecían presa de un ataque de pánico.

Ethan, incapaz de contener sus carcajadas, le hizo un guiño de complicidad, y acercándose un poco más al agitado federal le susurró al oído:

—¿Qué le ha parecido, jefe?, he estado fantástico ¿no cree? Supongo que habrá adivinado que estaba actuando, ¿no es cierto? No se preocupen por nada, pueden ustedes contar conmigo.

Acogotados en el asiento del Sedan, aún resonaban en los oídos de los agentes las risas burlonas de Ethan, estrepitosamente amplificadas por el eco del pasillo. “¡Maldito psicópata!”, juró Thristan para sus adentros. Aquella mala bestia le había hecho pasar por otra horrible pesadilla, aunque en esta ocasión no fuera, ni con diferencia, como en su primer encuentro.